

Bitácora Blanca, 1951

Dr. R. A. Durón M.

Alexandría, al norte del Estado de Virginia, es una ciudad encantadora, colindante con Washington, Distrito de Columbia, al igual que Arlington y Mount Vernon.

Arribé a ella a mediados de 1950 para realizar un internado en el Hospital de la misma, gracias a las gestiones que para tal menester habían previamente efectuado los amigos Roberto Zepeda Turcios y Rene Bendaña Meza, ambos médicos hondureños recién graduados como yo.

En el Aeropuerto Internacional de Washington estuvieron a recibirme Roberto y la simpática Doris Truesdale quien sería, de ahora en adelante, mi inseparable amiga y profesora de inglés durante todo el año que permanecería en esa localidad

Ese fin de semana lo pasamos en la playa y el lunes, desde muy temprano, enfilamos hacia Alexandria en el flamante Pontiac de Roberto, quien en ese tiempo fungía como Agregado Militar en la Embajada de Honduras en Washington. Roberto era veterano de la II Guerra Mundial, habiendo combatido con el ejército canadiense en Europa, especialmente en el Norte de Italia. Fuimos después compañeros de internado en el Hospital San Felipe de Tegucigalpa y ahora que teníamos la oportunidad, él estaba tomando una especialidad en Radiología y yo lo haría, después del internado en el Hospital de Alexandria, en Patología.

En la entrada del Hospital me recibió el Administrador del mismo, el señor Van C Adams, quien era además, rotario y asiduo admirador de Jorge Fidel Durón, en ese entonces, Vicepresidente de Rotary Internacional.

Esto fue de gran beneficio para mí, pues por el parentesco con Fido me fueron prodigados muchos privilegios en el Hospital, que ni me imaginaba.

El Hospital acababa de pasar por una tremenda crisis, cuando por ese tiempo ocurrió el desastre aéreo provocado por un piloto de avioneta sudamericano, quien incursionó por los cielos del Distrito de Colum-

bia, chocó su aparato contra una aeronave comercial, causando la muerte de todos sus ocupantes. Ambos aparatos cayeron sobre el río Potomac, en las cercanías de Alexandria, y sus cadáveres estuvieron en la morgue del hospital de Alexandria.

El único sobreviviente fue el piloto sudamericano, quien era mantenido en la sala de tratamientos intensivos, mejorando progresivamente, sin darse cuenta de la magnitud cabal del desastre que había provocado, lo cual se le mantenía estrictamente en secreto.

Para desgracia de él, dicho secreto fue roto cuando un día, sin prever las consecuencias, una amiga suya fue a visitarlo al Hospital y le narró todo lo sucedido. Ese mismo día fue encontrado muerto en su cama, víctima de la depresión.

Por ese tiempo el Hospital de Alexandria contaba con un personal clínico de 50 médicos titulares, 56 enfermeras entre supervisoras, estudiantes de Pre-Clínica, Juniors y Seniors, 4 médicos residentes y 5 médicos internos. A excepción de 2 residentes americanos, todos los otros residentes e internos éramos extranjeros, pues debido a la Guerra de Corea, casi todos los médicos jóvenes americanos se encontraban en pleno servicio militar, abriendo con ello las puertas de los hospitales americanos a miles de médicos extranjeros, quienes en su papel de internos y residentes, eran los que verdaderamente se encargaban del teje y maneje del cuidado hospitalario. Excelente oportunidad y experiencia, que en poco tiempo después de finalizada la guerra, volvió a cerrarse a los médicos no americanos.

Mi previa experiencia como interno en San Felipe me proporcionaba ciertas ventajas sobre los nuevos compañeros internos y residentes, pues para mí no era nada nuevo resolver problemas de cirugía menor, emergencias, atención de partos y especialmente venoclisis. Prácticamente se me consideraba un experto en encontrar venas en pacientes de color, ante quienes a veces "tiraban la toalla" hasta los residentes. Esto me encantaba y me llenaba de mucho orgullo, el cual luego

se desvanecía cuando, entre mis ocupaciones estando de turno, me veía obligado, como médico responsable, a extirpar cuidadosamente a la dos de la mañana las garrapatas en piernas y muslos de más de algún ciudadano que ese domingo había andado de picnic en las florestas aledañas.

Aprendí también una buena lección cuando fui llamado una noche para atender a un paciente en estado de ebriedad, quien ingresaba con heridas en el cuero cabelludo, al sufrir una caída. Las radiografías no indicaban fractura craneal, así que procedí a la limpieza y luego sutura de las heridas. En el expediente clínico se anotó el estado de etilismo en que ingresó el paciente, quien de paso nunca cesó de insultar, debido a su ebriedad, a todo el personal que lo atendió.

Poco tiempo después fui llamado por el Administrador, el señor Adams, para comunicarme que se avecinaba una demanda contra el hospital, por haber diagnosticado un estado de etilismo sin comprobación laboratorial, y es que el seguro del paciente no cubría riesgos en caso de etilismo. No me quedó más remedio que retractarme y admitir que la supuesta enfermedad del paciente era producto de la imaginación mía y de las enfermeras que lo atendimos.

No se me olvida también aquel fin de semana, turno de 48 horas que se transformó en 72 horas, cuando las calles de la ciudad estuvieron cubiertas, no de nieve, sino de una apreciable capa de hielo que causó estragos en toda la población, por las caídas de ciudadanos, que terminaban en fracturas y heridas diversas y que nos mantuvieron ocupados sábado, domingo y lunes, sin siquiera un minuto para descansar. Todos los permisos a médicos, internos y enfermeras, fueron cancelados para así poder dar abasto a la inusitada emergencia presentada.

Uno de los médicos que yo más admiraba era el Dr. Richard E. Palmer, Patólogo y Jefe del Laboratorio del Hospital, quien me brindó la gran oportunidad de revisar por las noches todas las preparaciones histológicas de las biopsias efectuadas y poder así adelantar mi entrenamiento en Patología, lo cual efectuaría al año siguiente en el prestigiado GWU Hospital de Washington, D. C., llevando para el mismo recomendaciones especiales del Dr. Palmer. En el Laboratorio de Alexandría Hospital ya existía para aquel entonces un microscopio electrónico manejado por el Dr. Palmer. Es sorprendente que a estas alturas, más de 40 años más tarde, aún no se vislumbre en nuestro país la posibilidad de adquirir un microscopio electrónico, necesidad ya superada en otros países

centroamericanos, en Costa Rica por ejemplo, hace 20 años.

Dentro de este ambiente de continuo trabajo en serio, ocurrían de vez en cuando situaciones de relajamiento y diversión, como por ejemplo, los paseos en yate con el Dr. Fifer en el caudaloso Río Potomac, amenizados con sabrosa ginebra y bocadillos de patas de cangrejo, la amistad compartida con los "orderlies" y los cultos policías, quienes conocían muy bien a los médicos de la emergencia del Hospital. Las bromas de las enfermeras que querían rasurarme el bigote, bautizado por ellas como un "Soup Drainer" (colador desopa), las escapadas nocturnas a Washington, cuando no estaba de guardia, para departir allí con los otros hondureños de la Embajada, la fiesta de San Valentín (14-2-51) en el Cáster Hall de las enfermeras, donde entretuve cantando a la concurrencia (todo el personal del Hospital) entre los dos actos de una parodia escenificada por algunos estudiantes y enfermeras, satirizando en broma a los médicos titulares del Hospital.

Pero el recuerdo más perdurable que tengo de este Hospital se remonta al 17 de marzo de 1951 casi ya para terminar mi internado, día de mi cumpleaños, enmarcado dentro de una interminable cadena de labores en la emergencia, sala de partos, laboratorio, ingresos, etc. Al caer la noche, me paseaba por uno de los corredores del Hospital añorando mi querida Tegucigalpa y mi familia, que posiblemente me estaría recordando en ese día de San Patricio, cuando me encontré con el técnico de laboratorio Guido Camisa, buen amigo mío, y quien se ofreció llevarme a la biblioteca del Hospital a curiosear un lote de revistas y libros nuevos que habían recién llegado. Cuál no sería mi sorpresa cuando, al abrir la puerta de la biblioteca, oscura hasta el momento y encender la luz, me quedé paralizado al ver allí a todo el personal de guardia, médicos, enfermeras, técnicos y ayudantes dirigiéndose hacia mí con el consabido "FELIZ CUMPLEAÑOS". Abrazos, bocadillos y refrescos, cosa que nunca había esperado y por la cual aún me siento en deuda con esa gente amable, culta y fina, aparentemente indiferente a los sentimientos de gente extraña, lejos de su patria, pero que en el fondo sabían valorar y apreciar como a uno de ellos mismos. Aún es un misterio para mí, cómo habían averiguado lo de mi cumpleaños.

Este fue un año de grandes experiencias, no sólo en el campo de la medicina, sino que en el campo de la convivencia humana, en un ambiente de cultura diferente, desconocido por quienes no han tenido la suerte de compartir experiencias similares en tierras extrañas.